

## Crítica de arte

*Hans Platschek.*—Sala del Pacífico. Oleos y «gouaches». En el mes de junio expuso este pintor alemán un conjunto de obras al óleo y a la ténpera. Hans Platschek es muy joven todavía, lo que no es óbice para que en su pintura se advierta una indudable madurez de formas y de concepto. La causa de ello podría verse en el limo dejado por una vieja tradición artística y por la apoyatura en elementos decantados y sublimados por el tiempo. A más el autor de *Fauna quieta* ha podido profundizar en el dominio teórico y metafísico que se abría a su actividad creadora gracias a una formación cultural sistemática.

Hans Platschek es, en efecto, un teorizante de las artes figurativas. Sobre el trabajo artesanal—tomada la palabra en su expresión más amplia—y sobre un empirismo gozoso de la labor manual y del regusto de lo material, viene a refluir una bandada de conceptos, de ideas, de normas y de experiencias limadas por la práctica.

En suma, la obra surge del choque armónico de esos dos elementos concurrentes. Nada de lo que en el dominio amplio de las artes visuales realiza el artista se pierde. Al contrario. De una manera sutil y permanente sus reflexiones y sus meditaciones tienen

la misión de encauzar el ímpetu creador. Y así, cuando Hans Platschek escribe su notable monografía sobre el pintor Kokoschka está, en buenas cuentas, estudiándose a sí mismo. La crítica es, fundamentalmente, deslinde y separación. Pues bien, al enfrentarse Platschek al turbulento expresionista alemán, al marginarlo en el panorama estético, al decir cómo es y al verlo de un determinado modo, nos está diciendo a la vez cómo es el crítico. Las afinidades y disparidades nos dan el paisaje ideal de esos dos espíritus en coloquio. Por ejemplo, cuando el crítico refiérese al «desasossegado» estilo del pintor estudiado, estamos cerca de comprender que en la expresión hay un tenue, un sutilísimo reproche. Y que, por lo tanto, Platschek como creador plástico caerá difícilmente en tal desasosiego.

Claro es que el hecho de que Hans Platschek haya pensado en Kokoschka como motivo de un largo estudio nos está indicando igualmente la existencia de un cierto linaje de preferencias, una actitud de comprensión y el reconocimiento de algún influjo ideal.

Generalmente los comentaristas de las obras expuestas en el Pacífico han hablado de Kokoschka y de Paul Klee. La similitud es más superficial, más periférica que profunda y fraterna. Hay contactos leves con el primero, provenientes de una determinada actitud racial, del hecho de haber vivido idéntica aventura vital, si bien casi dos generaciones los separan. Separación temporal que en definitiva explica la disparidad o, mejor, la diferenciación de sensibilidades.

Kokoschka está ínsito plenamente en la corriente expresionista. Es la suya una pintura que nos da, por el milagro de las correlaciones sinestésicas, la perma-

nente idea de fuga, de huída, de inquietud. Lo mismo da que sea un paisaje como *Puerto de Estocolmo* que la escrutación íntima, antropomórfica, como en *Los emigrantes*.

La identidad de los dos pintores se vierte más ostensiblemente en lo que ambos no son. Es decir, en la común posición beligerante que trata de restituir a la actividad plástica su hondo sentido autonómico.

El expresionismo crepitante del pintor de Poeh-larm se tempera en Hans Platschek. Sobre la obra de aquél incidían elementos que si bien reflejábanse en cabales trasposiciones plásticas no abandonaban por completo el recuerdo de lo psicológico, ni la proyección anímica y la inquietud espiritual del pintor.

En este punto, la semejanza relativa con el estilo capital de Klee es mayor. Se observa en la obra de ambos pintores un sosiego, un reposo y un estatismo que oculta potencialmente cierta tensión fuertemente espiritualizada. En Klee la proyección hacia lo humano deriva a menudo hacia un matiz humorístico sublimado. En Platschek, por el contrario, no encontramos ni la ironía ni el humor. Es más dramático. Y, naturalmente, dada su rigurosa adecuación y congruencia formal, habida cuenta de la unicidad de contenido y forma de su pintura, es evidente que el cromatismo aparece sometido a la interioridad patética que la conmueve. En Klee hallamos con frecuencia tonos altos y un a modo de jocundo juego cromático que condice con la geometría infantilista e ingenua de ciertas de sus obras.

En nuestro artista las tonalidades, las opacidades, las broncas sonoridades cromáticas recalcan un estado de contenido amargor. Klee se acerca más a las notas abstractas. Platschek hace de la temática ofrecida por

la realidad ambiental un universo cifrado. Los dos pintores ponen en sus obras una carga de esencial —de esencia—humanismo. Pero el berlinés se identifica con ese universo de una manera más entrañable.

Aparentemente, su pintura roza lo no-figurativo: si nos fijamos con atención advertiremos que partiendo del mundo reconocible se ha ido eliminando todo aquello que es fungible y perecedero, dejando lo sustantivo y esencial. Lo que aquí vemos es la realidad a la cual se le ha sumado un conjunto de cosas que añaden nuevas significaciones, que enriquecen el cuadro y que lo transforman en una mónada que tiene independencia y autonomía absolutamente plásticas. El cuadro es ya un «objeto» y no, como en el caso de Kokoschka, un híbrido de voluntad y representación.

Ahora bien, las obras de Platschek no han roto absolutamente sus amarras con el mundo de nuestra realidad vital. Al contrario, por una serie de sugerencias ideales, en el transfondo de su entraña, intensifican y realzan la zona merodeadora que con frecuencia, en lo corriente de nuestro existir, queremos eludir.

Es indudable que no encontramos seres exactamente como esa inquietante y orbital *Fauna quieta* o el *Arlequín rodeado de pájaros*, pero los seres que vemos, los que cruzamos en las calles y los que nos saludan con sonrisas cristalizadas, los imaginamos o los soñamos así.

Masa fantasmal y larvaria, aunque no informe, reducida a un esquema representativo. Las cosas, más que vistas están intuídas y desgajadas de sus elementos habituales. A veces desarticuladas, como mostran-

do su anatomía espiritual o su capital mecanismo morfológico.

No es Hans Platschek un pintor abstracto—repetimos—. En puridad, su arte poética va desde los objetos a su plasmación, a su transposición figurativa. Quiere decir que el punto de partida—ello es evidente para mí—está en la realidad concreta. Por una serie de sacrificios y cambios aquellas apariencias reales dejan su lugar a un mundo sugerido y, por ello mismo, vagamente poético.

En efecto, la pintura de este artista no elude lo espiritual (¿cómo podría hacerlo, si lo espiritual es su base?), ni un cierto lirismo de raíz amarga y expresionista que nos trae una dimensión inédita de lo subjetivo.

Romanticismo en suma, neohumanismo, expresados en formas liberadas de la pesada servidumbre naturalista que, a menudo, parecen flotar como en aspiración de infinito. Aquí, en esa especial configuración se columbra la parte que en la plástica de este pintor pertenece al expresionismo alemán, es decir, al *fauvisme* dramático.

Hans Platschek no olvida, sin embargo, que lo esencial de la pintura está en la proyección *plástica y visual*, en la materialización y en la realidad tangible que en la tela ponen aquellos impulsos espirituales. Su color adquiere una extraña vibración, dinamismo en la proliferación tonal—que debemos distinguir de las convulsiones introspectivas del expresionismo de Kokoschka—, en el regusto de la *pasta*, en la justeza de las apagadas y sordas armonías y en la calidad emocional de su cromatismo.

Es, sin duda, lo más valioso de su tarea.